



CÉSAR  
STRAWBERRY  
y  
ALEJANDRO FEITO  
**destino  
zoquete**



Ediciones  
Irreverentes

**César Strawberry & Alejandro Feito**

# Destino Zoquete

Colección Cercanías  
Ediciones Irreverentes

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método, salvo permiso expreso del editor.

© César strawberry y Alejandro Feito  
De la edición: © Ediciones Irreverentes  
Enero de 2009  
Ediciones Irreverentes S.L  
<http://www.edicionesirreverentes.com>  
ISBN: 978-84-96959-26-2  
Depósito legal:  
Diseño de la colección: Dos Dimensiones S.L.  
Imprime Imcodávila  
Impreso en España.

# **César Strawberry**



## Humo gris

Digan lo que digan, fumar es bueno; muy bueno diría yo. Combate el estrés, la angustia cotidiana y, en general, entretiene bastante. En el ámbito laboral, no cabe duda que echarse un pitillo ha sido desde siempre una válvula de escape para la presión del entorno. Sin embargo, como todo lo bueno, tenía que desaparecer tarde o temprano. Le echan la culpa a la Unión Europea que es la que hoy manda en ésta España confusa, anónima y sin identidad. Pero todos sabemos que el culpable de la abominable Ley Antitabaco es nuestro “presidente por accidente” ZP, ése psicópata revanquista que quiere liquidar España. No contento con desmembrar la patria, empeñado en hundir lo que tanta sangre, esfuerzo y sudor costó reflotar a nuestros mártires, ahora ha dirigido su pérfida mira telescópica a la nuca del trabajador honesto y sufrido, de derechas, claro, atacando sin piedad donde más nos duele. Su Ley Antitabaco, camufla un nuevo tipo de revanchismo contra los ciudadanos conservadores; trata de debilitarnos en nuestras profundas convicciones para que perdamos los nervios ante las atrocidades que comete ésta democracia terrorista y nos convirtamos en viles delincuentes como ellos. La extrema izquierda española ha ido dejando de fumar poco a poco para robustecer su estrategia exterminadora, para mantener en forma sus escuadras de asalto mediático, para criminalizar a los que saben disfrutar de ese tabaco que ellos no pueden pagarse. Prohibiéndonos fumar en el trabajo y lugares de ocio sólo están buscando crisparnos, incomodarnos, hacernos sentir inferiores a ellos en la vida diaria. Pero hay algunos, como yo, que sabemos lo que pasa y cuales son las verdaderas intenciones del enemigo. No vamos a dejarnos dar el tiro de gracia tan fácilmente.

\*

Me llamo Alberto Díez, acabo de cumplir los cincuenta y soy abogado. Trabajo desde hace veintitrés años en Long Life International, la mul-

tinacional del seguro. Bueno, en realidad la empresa hace sólo diez años que es una multinacional, antes se llamaba Eurovida, antes Actual, y mucho antes Seguros López. Yo entré como becario a los veintisiete años, después de pasarme algunos años haciendo de pasante en el bufete de mi tío Osmundo, una eminencia del mundo del derecho empresarial del que aprendí mucho más sobre el oficio que en los tres *masters* que tuve que ir haciendo luego. Mi tío era una excelente persona, un caballero español de los que ya no se encuentran, pero me pagaba tan poco que a los dos años decidí largarme a Londres a hacer un master en derecho mercantil que me permitió volver a mi querida España y entrar en la prestigiosa Seguros López. En mi año y medio en Londres, aparte de leyes, sólo aprendí lo necesaria que es la tortilla de patatas para la supervivencia de un auténtico español. Hoy día soy jefe de departamento en Long Life Internacional y me encargo de coordinar el trabajo de veinte personas, pactando reaseguros y acuerdos marco con otras multinacionales y aseguradoras menores para repartir el riesgo. Así, si hay un siniestro importante, pagamos el pato todos sin que ninguno quiebre. Y siempre ejerzo de *poli malo*. Soy duro y dicen que bastante antipático, pero me gusta ser así. Hago ganar mucho dinero a mi empresa y mi empresa me lo sabe recompensar. Por mi condición de depredador del mundo del seguro, fumar se ha convertido en un arma imprescindible en mis reuniones diarias. Ante el enemigo me muestro implacable y tras un educado:

- No os molestará que fume, ¿verdad?

Me esfuerzo en hacer llegar mi humo de lleno a la cara de mi oponente para incomodarle y facilitar mi ofensiva. El sistema siempre me ha dado excelentes resultados. Por eso odio la jodida Ley Antitabaco. Después de tantos años utilizando el mismo truco, ¿qué pretenden que haga ahora con quien discute conmigo un contrato millonario? ¿Qué le de un bofetón? ¿Una patada en los huevos?

\*

Mi primera jornada laboral sin fumar fue un desastre. Me sentí desnudo, inseguro, incluso llegué a constiparme por la falta de un pitillo colgando de mis labios. Porque yo soy de los de dos cajetillas al día; todo un machote. Acostumbrado a encender un cigarro tras otro me descolocó totalmente la normativa que me desterraba a la puta calle para echar un pitillo como si fuera un delincuente o un jodido drogadicto. Imploré a mis jefes que hiciesen la vista gorda conmigo dado mi puesto y antigüedad en la empresa, pero nada. Por lo visto el asunto iba muy en serio: ZP quería acabar con nosotros.

En mis primeras semanas fumando en la calle no hablé con nadie. Coincidíamos los *fumones*, como empezaron a llamarnos, en la entrada de mensajería, donde pusieron un enorme cenicero cerámico lleno de arena a modo de: “¡Es aquí!”, en el callejón trasero de nuestro majestuoso edificio del Paseo de la Castellana. Era humillante verme junto al guarda jurado, un africano de cayuco más negro que el asfalto, en medio de un trasiego de mensajeros sudacas que mareaba, con una radio de fondo escupiendo *reggetón* de ése sin parar. Hice lo imposible para que nos habilitaran una sala más decente en algún sótano olvidado, pero no hubo manera. Por lo visto la ley era la ley.

Al principio fumaba solo, cara a la pared, en la esquina donde menos trasiego había, tratando de que no me viese nadie rodeado de semejante *chusma*. Pero con el tiempo tuve que ir abriéndome a mi nueva comunidad de fumadores desterrados por aquello de no negarme a darle fuego éste o a pasarle algún pitillo a aquél, gente toda a la que conocía bien de vista o charla por tantos años en la misma casa.

En general, había mucho personal subalterno y oficinistas de baja categoría, pero aún quedábamos unos cuantos jefes de departamento orgullosos de aspirar el letal humo proscrito.

Adriana era gorda como una morsa, pero como jefa de recursos humanos era inigualable. Manejaba a la gente como quería. Contrataba y despedía a quien le daba la gana sin hacer miramientos. Un informático al que despidió tras una dilatada baja por depresión se acabó suicidando con una sobredosis de los mismos fármacos que le recetaba su psiquiatra. Adriana sólo comentó: “Valiente capullo”.

El caso es que a base de cigarrillos y charlas amenas, Adriana y yo nos hicimos muy amigos y... bueno, terminamos teniendo encuentros sexuales regularmente en su despacho fingiendo estar reunidos. Al principio sus carnes pálidas, blandas y celulíticas me provocaron una náusea incontenible, pero fue el hablar sinceramente con ella lo que despertó mi lascivia. Era tan facha, patriota, viciosa y retorcida como yo, y bajarle las bragas para hurgar entre sus muslos pensando en salvar España me excitaba sobremanera, sabiendo además, que en cualquier momento nos podría descubrir su secretaria... Y claro, un día ésta terminó por sorprendernos. Cuando entró, mi obesa Adriana estaba de espaldas apoyando el cuerpo sobre su enorme sillón ergonómico de cuero verde mientras yo le metía por el culo el mango de su paraguas marca Loewe. Eran días lluviosos.

Al abrir la puerta, la secretaria se nos quedó mirando sin saber qué decir. Yo saqué rápido el mango lleno de heces de aquel agujero infernal y fui corriendo a cerrar la puerta que la muchacha había dejado abierta por la sorpresa. Al principio miró perpleja, pero enseguida su rostro dibujó un desconcertante gesto de enfado severo. Ni corta ni perezosa, se puso a discutir acaloradamente con Adriana mostrando muy poco respeto por la jefa del departamento de recursos humanos. Se acercó a ella y, sin darle tiempo a subirse las bragas, empezó a darle unos impresionantes azotes que escocían sólo con verlos. Adriana gimió entonces como una morsa en celo. Me ofendió bastante verla gozar más con los azotes de su secretaria que con el mango del paraguas Loewe. Pero no tardé en deducir que entre aquellos dos zorrones había mucho más que una simple relación laboral. Molesto con la situación, viendo que su amiguita empezaba a hacerle un más que soez beso negro, abandoné airadamente aquel maloliente despacho.

El enfado no me duró mucho porque acabé haciéndome yo también muy amigo de Mari Jose, ya que la chavala, por puros celos, empezó a fumar compulsivamente con nosotros sólo para impedir que su amada cerda Adriana no estuviese a solas conmigo entorno al enorme cenicero cerámico. Su conversación era lamentable, pero descubrí que ésa anoréxica de caderas anchas y culo inusualmente bajo, me excitaba casi tanto como su jefa. Consideré entonces que debía regalarle cuanto antes un buen paraguas marca Loewe.

Entre chascarrillo y bocanada de humo, fui estrechando mi relación con aquellas dos depravadas hasta llegar al insalvable punto de verme obligado a proponerles hacer el amor los tres juntos. La única reticencia de María José se refería a mi capacidad real de satisfacer sexualmente a dos mujeres tan voraces sólo con el truco del paraguas, y sobre todo, a una tan joven como ella. Me hirió bastante su observación porque yo había tratado de ocultarle mi añoso problema para alcanzar una erección plena, pero la indiscreta Adriana ya se lo había contado con todo lujo de detalles. Aunque a ellas les resultase raro, yo ya me había acostumbrado a mi impotencia. No se me ponía completamente dura desde hacía ya muchos años. Pero hasta el momento nadie me lo había tenido demasiado en cuenta. A mi querida esposa la satisfacía desde siempre una vez por semana con un juego de consoladores que compramos en Andorra y nunca se había quedado. Pero Mari Jose se había puesto muy exigente. Si había *ménage à trois* ella exigía un pollón bien duro. Ofendido, pero deseando azotar con ira aquel culazo arrastrado, no puse objeciones a buscar un chico sano, conservador y con una buena espada de carne en la entrepierna, que me ayudara en la ardua tarea de satisfacerlas. Aquello parecía el comienzo de algo grande. Mi vida gris y aburrida podía dar el vuelco de transformarse en un carnaval de sexo salvaje.

\*

Una tarde que andábamos Adriana, Mari Jose y yo echándonos un pitillo y urdiendo lascivos planes, sucedió algo increíble. Un fumador joven con el que siempre coincidíamos sin cruzar palabra empezó a comentar a voz en grito la terrible noticia de que Su Santidad el Papa se había suicidado después de la visita oficial que ZP acababa de hacer al Vaticano aquella misma mañana. La espeluznante noticia nos dejó a todos de piedra. Por lo visto el Santo Padre, en un arranque incomprensible, se había subido al alféizar del balcón de la plaza de San Pedro y se había lanzado con los brazos extendidos sobre la multitud que abarrotaba la plaza. En su caída aplastó a un legionario de Cristo ecuatoriano y a una pobre

monja Ugandesa. En un principio dudamos de la veracidad de tan rocambolesco suceso, pero al subir a la oficina y poner la COPE a todo volumen nos dimos cuenta de que la tragedia era cierta. Según dijeron, todo sucedió después de su entrevista de estado con ZP antes de la homilía pública de los viernes a la que, claro, nuestro zafio presidente no asistió, imagino que para deleitarse con la retransmisión del Santo Suicidio al que, seguro, le indujo él mismo a través de algún embrujo de magia negra, vudú o algún rito de encantamiento masónico ensayado con detalle en La Moncloa.

Rápidamente, la ira se hizo con nosotros. ¿No era acaso ZP la encarnación del mismo demonio? ¿Qué le había hecho o dicho a Su Santidad durante la media hora que habían estado reunidos a solas?

La Asociación de Víctimas del Socialismo y el Partido Populista reaccionaron de inmediato convocando una manifestación de protesta para esa misma noche en el aeropuerto con la que recibir a ZP como se merecía. Tal era nuestra indignación, que abandonamos el trabajo y organizamos a toda prisa una expedición al aeropuerto formada por nuestros empleados de ideas más afines. Pese a que el director general era un extremista de izquierda camuflado de burgués, accionista mayoritario del tendencioso grupo mediático Trisa, al que pertenecía Long Life International, muchos de los empleados eran honesta gente de bien de la nueva derecha dispuesta a defender a su querida España en la calle con uñas y dientes. Así, logramos juntarnos catorce patriotas que, repartidos en cuatro coches, salimos a toda leche hacia el aeropuerto a las ocho de la tarde.

Nuestra caravana prosperó bien por la ciudad, haciendo sonar los claxon y mostrando por las ventanillas fotocopias de la estampa del Papa que yo tenía colgada en mi despacho en un lugar preferente. Íbamos encantados, enardecidos, llenos de entusiasmo, dispuestos a defender nuestras ideas al precio que fuera, y por un momento recordé mis convulsos años de estudiante universitario, en plena transición, cuando iba con mis camaradas de Fuerza Nueva a dar palizas a *progres* barbudos de traje de pana, los mismos que tristemente hemos visto ahora asaltar el poder con una oscura conspiración. Teníamos que haberlos matado a todos cuando pudimos.

Nuestra caravana reivindicativa progresó ordenada y ruidosamente

hasta que, al alcanzar la autopista, un monumental atasco terminó por dispersarnos. Yo iba en el gigantesco Range Rover negro de Adriana, un auténtico *pánzer* urbano con el que te sientes muy por encima de la chusma. Mari Jose y el joven que nos dio la fatal noticia se unieron a nosotros. Él era el jefe de cocina de nuestra empresa pero tenía un pasado muy agitado políticamente que se remontaba a su servicio como legionario en la bandera Comandante Franco de Ceuta, habiendo servido a España en varias misiones de paz de la ONU. Nunca entenderé qué hace el glorioso cuerpo legionario sirviendo a los homosexuales, negros y miserables parias que manipulan la ONU de hoy día. Pero Mariano, que así se llamaba el tipo, era una impecable persona de principios y valores tan sólidos como sus músculos, que se negaba ahora a presenciar impasible el saqueo patrio que estaban llevando acabo los sátrapas antiespaña aliados con los terroristas de ETA y Al Qaeda. En un entusiasta intercambio de ideas, no tardé en estrechar vínculos ideológicos y amistosos con el bueno de Mariano. Era un chico fantástico.

Temiendo que el atasco nos impidiera llegara a tiempo de recibir y escupir a ZP como se merecía, Adriana hizo un quiebro brusco y logró sortear el monumental atasco en el que llevábamos atrapados media hora larga, cogiendo un desvío en la Alameda de Osuna que nos condujo a una carretera secundaria por la que no circulaba nadie. De repente, todo marchaba bien... Hasta que nos dimos cuenta de que dejábamos el resplandor del aeropuerto a nuestras espaldas y nos alejábamos aún más hacia quién sabe dónde, rodeados de oscuros descampados en los que era imposible orientarse. Entonces, nervioso, obligué a Adriana a parar y le pedí que me dejara ponerme al volante para salir del lío. Haciendo uso de mi entrenamiento paramilitar en la OGE cuando era chaval, opté por dirigirnos directamente hacia el resplandor del aeropuerto campo a través, sacándole el mayor partido a aquel fantástico vehículo todo terreno. Adriana dudó un momento, pero presa de un ataque de ansiedad, optó por tomarse dos Prozac y dejarme hacer. Pusimos a las mujeres en los asientos traseros y Mariano se sentó conmigo como asesor de ruta. Nos ceñimos los cinturones, pisé el acelerador y el *pánzer* avanzó rugiendo por el terreno indómi-

to que nos rodeaba con un ímpetu fiel reflejo nuestro *adrenalínico* estado de ánimo. Entusiasmado por la fiabilidad de aquella poderosa máquina, no dejé de acelerar en dirección al lejano resplandor del aeropuerto durante unos quince minutos, hasta que... ¡Zas! Nuestro *pánzer* cayó en una trampa bolchevique y se detuvo bruscamente al chocar con el fondo cenagoso de una zanja por la que discurría un arroyuelo de aguas fecales de origen urbano.

\*

En la más absoluta y desesperante oscuridad, Mariano y yo tratamos de no perder la calma intentando hacer callar a Mari Jose y Adriana, que lloraban abrazadas mientras nosotros nos esforzábamos inútilmente por sacar el Range Rover de la asquerosa zanja. Pero lloraban y gritaban tanto que nos era imposible pensar con tranquilidad. Fue entonces cuando Mariano empapado en mierda me dijo:

- Vas a ver cómo la Legión hace callar a las mujeres.

Subió hasta el borde de la zanja y vi acercarse su sombra al confuso bulto que formaban Mari Jose y Adriana abrazadas. Oí algunas palabras y ruidos confusos hasta que ambas mujeres dejaron repentinamente de llorar. Ayudándome del magnífico mechero-linterna que me regalaron los de la fotocopidora, ascendí yo también el terraplén esquivando latas de aceite oxidadas y ratas muertas hasta poder vislumbrar claramente a mis compañeros de aventura. Al ver el panorama mi admiración por el Caballero Legionario Mariano se incrementó sobremanera: Haciendo gala de bruscos modales, el bueno de Mariano, introducía intermitentemente su enorme pene en las bocas de ambas mujeres en un alarde de felación compartida que me dejó perplejo. Además, ellas parecían disfrutar mucho también, ya que pude observar cómo estrechaban su abrazo introduciendo cada cual sus manos bajo la ropa íntima de la otra. Bajé de nuevo al todo terreno en busca de algún paraguas de mango prominente con el que poder unirme yo también al sarao campestre que se estaba formando. No encontré paraguas alguno, pero cogí un bote de spray anti-pinchazos y subí atro-

pelladamente a donde estaban los otros hasta tropezarme y caer de cara sobre el culo peludo de Mariano. ¡Y milagro! Ése contacto repentino e inesperado con aquellas nalgas rudas de patriota aventurero logró lo que nada ni nadie habían logrado desde que cumplí los treinta y ocho: mi pene se puso más duro y enhiesto que Torrespaña. Perplejo, confuso y embriagado por la magia del momento decidí dejarme llevar y, absorto por lo gemidos y sordos lamentos de mis compañeros, agarré con firmeza la cintura de Mariano y le introduje mi verga por el culo sin piedad. Sorprendido, Mariano dio un respingo y volvió la cabeza sin dejar de agitar las cabezas de ambas mujeres sobre su miembro diciéndome:

- ¡Dale! ¡Dale con fuerza compañero!

\*

Amanecimos dentro del coche, confusamente enlazados unos a otros para darnos calor. Estábamos medio desnudos y rebozados en el pestilente lodo negruzco del arroyo. La morsa Adriana era la única que estaba en pelota picada y me hizo gracia descubrir el spray anti pinchazos asomando en su ano.

Mariano despertó, se estiró como un orangután, se tiró varios pedos y, como si nada hubiera pasado, se puso al mando de la situación. Subí con él hasta salir de la zanja y escrutamos nuestro entorno tratando de buscar alguna referencia paisajística con la que poder orientarnos. Antes de analizar la situación le dije:

- Mariano, lo de ayer... Perdona, pero no pude controlarme.

- Ya, fue maravilloso que tomaras la iniciativa. Desde que te vi fumando en la oficina supe que tu y yo tendríamos que acabar teniéndola.

- Pero no vayas a creer que yo soy uno de éstos...

- ¿Asquerosos homosexuales? No te preocupes, yo tampoco lo soy, pero ya sabes que "cuando las ganas de follar aprietan..."

- "Ni el culo de los muertos se respeta."- Apostillé antes de romper a reír.

- El ano de un caballero legionario nunca le dice que no a un compañero de batalla.- Dijo lanzando un rudo escupitajo.

Las chicas, ya vestidas, subieron hasta nosotros.

- ¿Y ahora qué? Aquí no hay cobertura- Dijo Adriana impaciente, sin apartar el móvil de su oreja.

- Coged del coche todo lo que pueda servirnos: agua, víveres, herramientas y tabaco. Lo mejor será caminar hasta alcanzar el aeropuerto y allí pedir ayuda.

Cuando los cuatro miramos hacia donde la noche anterior veíamos el resplandor del aeropuerto nos quedamos sin habla. Una densa columna de humo se elevaba hacia un cielo que, extrañamente, no surcaba ya ningún avión. Tratamos entonces de encender la radio del coche para que la COPE nos explicara qué había sucedido, pero la llave no llegaba a hacer contacto.

- Ya os he dicho que tendremos que andar. A partir de ahora yo estaré al mando hasta que lleguemos a un lugar seguro. Seguidme. ¡En marcha!

Ante semejante alarde de firmeza, decidimos seguirle en silencio.

\*

Caminamos cerca de hora y media en dirección a la columna de humo. Hicimos señas a varios helicópteros que pasaron cerca, pero no nos vieron o no quisieron vernos. Mariano, joven y fuerte, marcaba un ritmo de marcha que nos costaba seguir a los demás. La chicas protestaban constantemente, pero apretaban el paso como podían para no quedarse rezagadas en aquél páramo. Preocupado por ellas, me acerqué a nuestro guía, que encabezaba la marcha y le pedí que descansáramos un momento. Mariano se volvió bruscamente y me dio un severo puñetazo en el mentón que hizo que se me desencajara la mandíbula.

- Aquí y ahora mando yo. El que no quiera obedecerme será considerado un traidor y podrá ser juzgado por sedición ante el tribunal militar pertinente.

Dicho esto, me tendió la mano para ayudarme a levantarme del suelo y cuando me incorporé, aún confuso por el golpe, me beso los labios con ternura. Acojonados, Adriana, Mari Jose y yo, no volvimos a abrir la boca y seguimos como pudimos a nuestro legionario hasta las inmediaciones de

lo que parecía ser un miserable poblado chabolista, probablemente de gitanos extranjeros. En éste punto, Mariano les dijo a las mujeres que podían descansar hasta que nosotros volviésemos. Aquel “nosotros” me sonó francamente mal, pero preferí no rechistar por miedo a llevarme otro puñetazo.

Con Adriana y Mari Jose ocultas tras una loma, Mariano y yo nos acercamos discretamente al poblado tratando de nos ser descubiertos. Mariano se movía con la agilidad del boina verde esgrimiendo el ridículo filo de su navaja suiza multiusos. Yo le seguía armado con una botella rota y un miedo atroz.

Conseguimos llegar hasta la primera chabola, junto a la cual había una flamante furgoneta y un coche SEAT 124 muy destartalado. Sin decir palabra pero con expresivos gestos, Mariano me indicó que fuera a cambiar el aceite de aquel coche. No entendí para qué tenía que hacer yo eso, pero por el miedo y la autoridad que me inspiraba a éstas alturas el muchacho, opté por obedecerle si chistar. Tracé mentalmente mi trayectoria recta hacia el vehículo, me puse en pié y comencé a caminar despacio hacia él, tratando de mantener el tipo y no volverme corriendo hasta Mariano a llorarle en el regazo. Cuando llevaba recorridos unos quince metros, escuché un gruñido a mis espaldas. Me detuve y, muy despacio, giré la cabeza hasta descubrir el gesto rabioso de un perro *pitbull* mostrándome sus fauces. Miré desesperado a Mariano, que seguía oculto tras la chabola, haciéndome con las manos un gesto de: “Sigue. Tu sigue tranquilo”. Sin tiempo, ganas, ni valor para pensar continué avanzando seguido de cerca por el perro, hasta llegar al vehículo. Aterrado, vi el cielo abierto al lograr abrirlo y entrar en él. Gracias a nuestro Señor, tenía las llaves puestas, así que lo arranqué deprisa, recogí a Mariano y salimos a toda velocidad de aquel poblado seguidos dejando atrás los ladridos del perro. Por el retrovisor pude ver a varios gitanos desarrapados saliendo de otras chabolas, pero afortunadamente, ya estábamos bastante lejos.

Mariano, en vez de felicitarme por el éxito de misión, me dio una colleja que me hizo chocar violentamente con el volante.

- Perdóname, pero es que no podía cambiarle el aceite con el perro ése comiéndome el culo.- Me disculpé.

- ¿Y quién te ha dicho que le cambies el aceite? ¡Gilipollas! Te dije que cogieras la furgoneta nueva y no ésta mierda de coche.

Me di cuenta de que no había descifrado adecuadamente su lenguaje gestual.

Recogimos a las chicas, que nos esperaban abrazadas, y Mariano me ordenó dirigirme hacia el camino que atravesaba el poblado para poder llegar hasta la columna de humo que marcaba la situación del aeropuerto.

- ¿Y no podemos ir hacia otro lado? ¿Qué más nos da ahora el aeropuerto?

Mariano me contestó dándome un puñetazo en la nariz que me hizo sangrar abundantemente. No rechisté y aceleré en dirección al poblado. Conforme nos acercábamos a él comencé a distinguir una turba inhumana que nos hacía gestos amenazantes esgrimiendo armas rudimentarias. Había muchos niños desperdigados por ahí y, temiendo atropellarlos, miré a Mariano pidiéndole clemencia. Pero él sólo miraba al frente gritando.

-¡Dales caña, vamos! ¡Dales caña!

Me llevé por delante por lo menos a tres niños, sin duda futuros delincuentes, dos abuelas, una gitana tetuda y varios perros, pero a ningún hombre. Y claro, ante semejante masacre, el resto de habitantes del poblado arrancaron sus vehículos y se pusieron a perseguirnos.

El aeropuerto ya estaba cerca y el camino no era malo, pero una banda de salvajes venían siguiéndonos dispuestos a matarnos. El viejo SEAT 124, pese a lo desastroso de su aspecto, corría bastante y soportaba bien los baches. Miré un momento a las chicas por el retrovisor y las sorprendí besándose. Semejante muestra de amor en aquel momento infernal no pudo menos que enternecerme. El aeropuerto estaba cerca, ellas se amaban, Mariano me la ponía dura. De no ser por los dieciocho gitanos que nos perseguían, todo hubiera sido perfecto.

\*

Abrí los ojos tumbado en la cama de un hospital. Un policía montaba guardia en la puerta de la habitación. Al verme despierto se me acercó son-

riendo y, tras cerciorarse de que nadie nos vería, me ofreció un cigarrillo. Acepté con un gesto y con la primera bocanada el agente se soltó. Tratándome como a un héroe, me fue explicando lo sucedido ya que enseguida se percató de que me costaba recordar. Me explicó que la noche anterior, tras el suicidio del Papa, una multitud enfurecida había asaltado el aeropuerto al que acababa de llegar ZP procedente del Vaticano con intención de lincharle. Los antidisturbios habían empleado horas en balde tratando de dispersar a una multitud incontrolada que se incrementaba por momentos llegando a invadir las pistas de aterrizaje, sitiando a ZP en la terminal. Rodeados, el presidente y su comitiva se habían atrincherado en la zona VIP a la espera de un que un helicóptero militar los rescatara por la azotea. Cuando el helicóptero inició la maniobra de descenso, la multitud empezó a lanzarle piedras, latas y todo tipo de objetos hasta derribarlo. En medio de ésa situación límite, un SEAT 124 había irrumpido a toda velocidad en las pistas bloqueadas por la gente, abriendo una gran brecha en la masa humana a base de atropellar a todo el que se le ponía por delante. Tras éste primer coche surgió otro grupo de variopintos vehículos conducidos por personas de etnia gitana que agrandaron la brecha atropellando a bastante más gente sin miramientos, hasta conseguir que cundiera el pánico y la masa furiosa optara por retirarse y despejar las pistas. Ello hizo posible la llegada de las fuerzas de seguridad hasta la terminal para llevar a cabo el rescate oportuno del presidente ZP y su comitiva.

Adriana, Mari Jose, Mariano, yo y dieciocho gitanos éramos los héroes del día.

Antes de que pudiera llegar a creerme nada de lo que acababa de oír, un médico y una enfermera irrumpieron en mi habitación y echaron al agente de mala manera, reprendiéndole severamente por haberme dado un cigarrillo.

- Sin duda es usted un héroe- Me dijo el doctor con tono solemne- Y no quiero aguarle a usted la fiesta, pero tengo que decírselo: La biopsia que le hicimos al ver que venía vomitando sangre cuando le ingresaron, revela un dato bastante preocupante.

Traté de vocalizar un triste: “¿Cuál?” Pero el doctor prosiguió sin llegar a escucharme.

- Si hubiera dejado de fumar hace tiempo no tendría que escuchar lo que voy a decirle...

- No lo diga, no lo diga...- Murmuré

- Don Alberto, tiene usted un avanzado cáncer de pulmón. Le quedan no más de quince días de vida.- Sentenció- No obstante, ahora no se preocupe usted de nada y disfrute de la visita de agradecimiento que va a hacerle el mismísimo presidente del gobierno. Mañana ya veremos qué podemos hacer por usted.

El policía volvió a entrar muy nervioso.

- Ya está aquí. ¡Ya viene! Voy a peinarle un poco para que salga bien en las fotos.